

Francisco García Pavón

Vendimiario de Plinio



Vendimiario de Plinio vuelve a sumergirnos en el mundo manchego, precisamente en la época de la vendimia. Un cajón con el cadáver de una mujer vieja aparece y desaparece, manteniendo en vilo a la población y al propio Plinio.

Como es habitual en las obras de García Pavón, la acción policíaca de búsqueda para deshacer el misterio del cajón, queda casi superada por las magníficas descripciones ambientales, por las matizadas evocaciones sobre temas de nuestro cotidiano vivir y por un preciso y sugerente lenguaje que nos recuerda las páginas de muchos de nuestros clásicos.

Todos los años pasaba igual. Apenas enveraban las uvas, don Lotario quería echar a vendimiariar. Y no por codicia, bien se entiende, sino por romper el sosiego y meterse en trajines. Que toda su vida fue un puro afán, y desde que se acabó el ganado mulario, el borriquil y el caballuno, al veterinario se le afilaron mucho los nervios. Sólo cuando salía algún caso policíaco más o menos penoso, que era muy de tarde en tarde, le volvía su agitación mocil. Pero, ya digo, si al llegar los días vendimiarios no había caso criminal, ya quería lanzar su cuadrilla contra los pámpanos, aunque las uvas estuvieran verderonas. Y era Plinio, como en tantas cosas, quien tenía que echarle la galga y rogarle apaciguamiento casinero, hasta que los viejos sabedores del lugar certificasen que el fruto estaba en sazón. Que cada vendimia trae su almanaque, según los corrimientos de nubes y de ábregos, de soles y ponientes; de los profundos y misteriosos dolores partiles de la tierra. Es mentira que en los pagos de Tomelloso estén las uvas maduras para la Virgen de agosto, como dice el folclore; ni al remate de ferias. De las ferias antiguas se entiende. Y así, en el año que cuento sin ir más lejos, hasta entrado octubre no se abrieron las piqueras madrugadoras.

Especialmente en los últimos días de septiembre, no había quien aguantase al jodío veterinario. Apenas veía un carguío de uva, todavía agraz, cruzar la plaza, ya estaba hurgándole:

—Cucha, Manuel, ¿no decías? Mira... Cuando echemos nosotros, el fruto va a ser arroje propiamente.

—Pero quién es ése. ¿Se ha fijado usted bien quién es ése que va con el remolque?

—No lo conozco.

—Pues es Fabián el Chorro.

—¿Y qué?

—Fabián es un picholero trascordao, que habrá murgueado a Dios sabe quién, para que le compre las uvas... suponiendo que sean suyas, y no haya armao algún laberinto en viñas ajenas. Que de los «Chorros» se puede esperar cualquier cosa.

—Como tú digas.

—No es lo que yo digo, don Lotario. Es lo que pasa... Que en algunas cosas de esta vida hay su lógica.

—En muy pocas...

—Pero ésta es una. Las uvas no se deben coger hasta que están hechas. Y en este pueblo, de otra cosa no chanelaremos, pero de cuándo se debe echar a vendimiar, lo sabe hasta el Tipitín.

... De esta clase de pláticas, a veces cansinísimas, tuvieron la tira hasta el día cuatro de octubre que comenzó la historia.

En estos pueblos uveros, los días antes de la vendimia la gente está como el que se va a casar, con no sé qué desazón y hormiguillo. Miran y remiran al cielo. A lo mejor a media noche se desvelan creyendo que truena. Y a cada poco van a la viña a ver si las uvas siguen en su sitio. Los viejos entran y salen a los jaraíces, acarician las prensas y destrozadoras en espera, y palpan las barrigas de las tinajas como si temiesen el aborto.

Don Lotario poseía así como cinco veces más viñas que Plinio. Pero los dos las tenían al hilo de la carretera del Bonillo, pasada «La Raya», e incluso algunas fanegas de ambos —originarias de los quintos de «La Verruga»— eran linderas. Por ello, aparte de otras razones cordiales de todos conocidas, guardia y veterinario hacían la vendimia con la

misma cuadrilla, comunes remolques y en una piquera. Que así eran de aparentes en aficiones, pálpitos y frutos.

Desde hacía algunos años, el elaborar así, por su cuenta, en solitaria pareja, ya no rendía. Les costaban mucho los pisadores, y la maquinaria del jaraíz de don Lotario —que lo tenía en el mismo herradero— era más antigua que la escuela de la hermana Casiana, aquélla que enseñaba a sumar a las mocosas haciendo montoncillos de chufas. A su vieja destrozadora, don Lotario Navarro le arrimó un motorcillo eléctrico, pero el prensado lo hacía todavía a golpe de brazo, como en los tiempos de don José María Cepeda. Y ya, que así cambian las cosas, los pocos pisadores que se encontraban eran remisos a trabajar de manera tan anticuada... Plinio y don Lotario estaban abocados a apuntarse en la «Cooperativa de la Virgen de las Viñas», como hicieron otros mil viñeros de poco cepío, si no querían salir comidos por servidos. Y en lo de no haberse hecho cooperativistas, no tenían nada que echarse en cara. Pues tanto el jefe de la G. M. T. como el veterinario sin bestias, cada cual por su lado, anduvieron remisos y nunca se determinaron del todo. En el año que cuento habían dado el penúltimo paso, ya que a la vista de los resultados dinerarios de la elaboración del vino viejo, decidieron vender las uvas a un alcoholero y apuntarse sin más dilación a la cooperativa con miras al año próximo. Con tal motivo, don Lotario vendió la prensa y la destrozadora como hierro viejo, dio portazo al jaraíz, y en vez de fregar las tinajas de su cuevecilla, como hizo toda la vida de Dios, las dejó tranquilamente oliendo a húmedo, con los canilleros podridos y las lías resacas... En el futuro serían silo de lentejas y cebadas, que por la presión de los tiempos y muda de los usos, así acaban las cosas más ligadas de este mundo. Para don Lotario, fue su cueva —mal comparada— como la matriz de las mujeres de su progeñe. Que de éstas nació su parentela antepasada y en la cueva hirvieron los caldos que alimentaron el árbol familiar de los Navarros, hasta aquella hora de los años setenta. Ja-

más el mosto de los Lotarios —que todos los mayores de su costado paterno se llamaron así— fue a trujal ni bodega ajenos. Siempre pisaron en suelo propio, y se revinieron las uvas en las vigas de la misma camarilla. Y ahora, mira. La cueva convertida en prisión de película miedosa, tejida de telarañas, como redes cruzadas; las tinajas reseca y custrías y los empotres sin pintar. Tinajas que ni valdrían para hacer tinajones, porque las tomelloseras ya lavaban en aparatos eléctricos.

Pero el día que digo, Plinio y don Lotario, a su manera, ya estaban tranquilos, nostalgias aparte. Desde el lunes, la cuadrilla que todos los años les llegaba de Villar del Río, hogaño sin aditamento de gitanos, estaba en el tajo. Y sus quehaceres se limitaban a prepararles hato, a hacerles una visita cada tarde y aguardar la llegada de los remolques cargados de fruto, que le vendían a Pepe Pérez. Durante los ratos libres, como ahora, para no quebrar rutina, molleteaban en el Casino de San Fernando lo que podían, oteaban los esperanzadores precios de la uva y tomaban las bebidas y colaciones que pedía cada rato.

Con el trajín de la vendimia los casinos estaban muy solitarios a las horas normalmente solaces. Sólo los jubilados del pulgar y de la gancha o los que carecían de una uva que pudieran llamar propia, se juntaban en el salón de abajo, mirando por los ventanales el trasiego de camiones y remolques; de gentes que iban y venían a sus quehaceres cosecheros.

A la contraluz de las ventanas, bastante velados por las persianas de plástico rojizo, los casineros emboinados parecían siluetas negras, inmóviles ante los resoles malvas de la siesta de octubre.

Tomados los cafés, copas del coñac local y con los farias entre los dedos puestos en tijereta, Plinio y don Lotario, en silencio y un poco vencidos por los halagos de la digestión, tenían los ojos entornados hacia los ventanales.

A decir verdad, la vendimia era el único tiempo en que los dos amigos no añoraban el quehacer policíaco. Las rebibaciones propias de la cosecha y no sé qué gozo vital anti-quísimo, heredado por las canales maestras de la sangre de sus antepasados: viñeros, bodegueros, gañanes, mayoresales y cosecheros, les llenaban la imaginación de colores y figuras ditirámicas, trayéndoles nuevo mapa a los ojos; y otros textos, conversaciones y remembranzas al oído. La vendimia evoca mucho y nos une con fuerzas soterrañas, entre religiosas y cantoras, al imaginero de aquellas tropas que se fueron al osario con sus blusas mosteadas; a las generaciones del sarmiento y la vinaza, las madres y las lías, que durante siglos hicieron el pueblo.

La gente no enferma en la vendimia. Sólo le duelen las muelas al que se le cuele una granilla en la carie. Los señalados por la muerte aplazan el óbito hasta después de fermentar el mosto. Y todas las ansias son para salvar lo que con tanta zozobra enfrutó la tierra y los orajes. Los noviazgos se adelgazan, y sólo cuaja entre los pámpanos y las sacas, cuando llega la noche, el amor de la carne con olor a albillo; el polvo a matabalho sin quitarse los senojiles; el doblarse con alaridos dionisiacos, como coro y danza de la faena premiadora. Que el mosto tiene mucho de semen, la uva de cojoncillo y el lagar de coño presto. Que toda la vendimia huele a sexto mandamiento, a culos desgobernados, a tetas garnachas y a meneo del vientre entre los sombrasoles de pámpanos pajizos. Que la recolección es el corrimiento de la naturaleza hecha brumillos de oro o sangre, con el *postcoitum* de pámpanos secos entre los resoles del vespero vendimiario.

Hasta Manolo Perona, el camarero de Plinio, faltaba en el casino. Unos días por la mañana y otros por la tarde, según sus turnos con Moraleda, se largaba en la bicicleta a afeitarse el fruto a sus viñejas.

Por no distraerse de la vendimia, no había ni «casos». Plinio, aparte de la vieja historia que ellos llamaban «El

charco de sangre», no recordaba que le llegaran con ansias penosas en semejante tiempo... Pero aquel año, las cosas iban a venir de otra ladera, y guardia y veterinario tuvieron que hacer los equilibrios que nadie sabe para conjugar «caso» y vendimia.

Y empezó así: Que mientras Plinio dormitaba con el «faria» en el rincón del labio, entresonando no sé qué erotiques vendimiadoras, puesto que veía correr entre pámpanos unas tías buenísimas, con la piel de uva dorada y los pezones cárdenos. Mientras las veía correr, digo, perseguidas por un fauno garnacho con el pijo límite al ombligo y el hocico agresivo... Y don Lotario revisaba el periódico con la menor concentración, alguien se acercó hasta ellos y, parándose en el mismo borde de la mesa, dijo con voz entera:

—Buenas tardes tengan *ustés*.

Alzaron sus ojos los justicias y hallaron a Dativo Andújar, lleno de polvo y con las bocas de los pantalones empinzadas, propias de quien ha hecho camino en moto o bicicleta.

—¿Qué hay de bueno, Dativo? —dijo Plinio rechazando de su telón aquellas reatas de bacantes con hojas de viña en el ángulo de los casquetes.

—Pues casi ná —dijo Dativo pasándose los dedos por los confines de la boca y asombrando los ojos.

—Anda, siéntate y toma algo, si tienes gana.

—Una poquilla agua o una gaseosa no estaría de más, que traigo la lengua de piedra.

Plinio pidió un refrescante a Moraleda. Dativo se lo bebió sin respirar y con los ojos encanados en el techo. Se enjugó la boca con el lomo de la mano, lengüeteó, y esperó a que el guardia le encendiese un «celta».

Dativo, con blusa azul, pañuelo de hierbas a la cabeza y pantalón de pana, no pasaría de los cuarenta, pero ya echaba a sus ademanes y discursos el compás filosófico de los proyectos.

—Pues, casi ná es... lo que me pasa —volvió a decir, bajando la cabeza en señal de asombro—. Bendito sea Dios y cuánto va a ver uno...

Don Lotario, a pesar de que estaba acostumbrado a aquellos prólogos sin rabo de los lugareros, empezó a mover las piernecillas en señal de impaciencia. Y Plinio, ya bien despierto y sin tetas uveras en el entresueño, le recomendó grave:

—Venga, Dativo, al grano. ¿Qué es ese «casi ná»?

—Casi ná... Y recochura me da decirlo porque fácilmente puede pensarse embuste. ¿Usted me entiende?... Es que hay episodios, ¡ay qué leche! Cuando yo oía contar a mi padre aquellas cosas de la guerra, fíjense ustés mi ignorancia, pues no me las creía de puro loberas. Pero está visto que en la vida hay platos para todos los gaznates.

Plinio miró a don Lotario de reojo por el nerviosismo de sus piernas, y no pudo remediar un dibujo en el labio.

—De modo que decías... —reatacó el guardia con ojillos de humor.

—Que sí, señor, que pa mear y no echar gota. Quién me lo iba a decir. Todavía tengo mismamente el agobio en el cuerpo.

—Es que no es para menos —cachondeó Plinio con cara entre sonrisá y severa.

Pero este escape de humor sí que lo captó Dativo, y dibujó un entrecejo de mosqueo:

—Pero leche, Manuel, si todavía no me ha sentido el relato.

—Hombre, pero por la asura que tienes, me colijo que se trata de accidente grave. ¿Tú me entiendes?

—Sí, señor. Eso está puesto en razón. Pues verán ustés... Resulta que yo estoy de casero en «Los Pedroñeros», en las mismas lindes de «La Garza». Y echamos a vendimiar anteayer. Pero anoche, la cuadrilla, casi todos de la Puerta del Segura, unos treinta, se marchó con otro, porque les pagaba diez duros más, hato muerto y vino abondo. Por-

que mi amo, que es más estrecho que una monja, no les ha subío y los ha dejao ir... Y yo me pienso muy bien dónde se han ido, aunque ellos, palabra segura, no han dicho ni mu... Total, que hasta ver si el amo consigue personal mal pagao, peor comío, regular bebío... y para mí que las va a pasar canutas, ya se lo he repetío, me he quedao solo en la finca.

Al llegar a este punto, Dativo quedó en suspenso. Trasluciendo que, al menos de momento, su magín estaba más en aquella avería de la vendimia de su amo que en lo que viniera al final de su historia.

—... Que fíjense ustés, a estas alturas de octubre, cualquiera encuentra una cuadrilla de dos docenas y pico de personas a ese precio... Me paice que las uvas se las va a tener que comer el ganao, como no sonsaque por ahí algún piquete de gitanos, de ésos que antes de doblarse cada vez tienen que echar pito, párrafo y tocar las palmas. Y es que el amo se cree que estamos todavía en los tiempos del rey Borbón, cuando la gente venía a vendimiar por un ajo de patatas y un buche de vino... Y no será porque no se lo tengo cansineao: Que las cosas han cambiao, mi amo, que a fuerza de no querernos asalariar bien en el país, los obreros españoles somos ya como diamantes, que nos transportan a Francia o a la Ginebra si es menester, pagándonos más que a un alcalde; comiendo a lo señorito y con el sábado y el domingo libres para el esparcimiento del párpado... o de lo que se pueda. Y es que, saben ustés, los patronos de España son como las piedras. No se dan cuenta de que pasa el tiempo y todo se remueve. Y que para labores como ésta, que sólo se pueden hacer a doblete de riñón, si las cosas siguen así, de aquí a una temporada, van a tener que vendimiar los soldaos. Eso fijo, como la vista.

Tan preocupado parecía Dativo con este porvenir sociológico de la recolección de la uva, que volvió a quedar traspuerto y sin acercar su plática al oficio de los justicias oyentes.

Don Lotario, desesperado de traerlo al terreno oficial, detuvo el ballesteo de las piernas (que en esto de pernivibrar se parecía a su pariente Federico Martínez, el hijo de don Luis y de doña Luisa). Se le ensanchó el gesto y, dispuesto a echarle toda la tarde a Dativo, pidió a Moraleda tres cafés para despedir la siesta.

—Ahora, que menda el escarolero, el año que viene, coje las alforjas y la familia y nos vamos a Francia a ganar cada uno quinientas pesetas al día. Ya se lo he dicho a la contraria. Se acabó la gachamiga y el ajo de patatas. Que por el arregosto del terruño, no aprende nunca uno a volar.

Trajo Moraleda cafés, sacó don Lotario «caldos», liaron con el silencio y parsimonia que convenía al trance y cuando parecía que Dativo había olvidado del todo la causa de su visita, recomenzó con la mayor naturalidad, mientras miraba con ojos de filósofo la lumbre del cigarro.

—... Pues, como iba diciendo, amañané solo. Almorcé a mis despacios y con la escopeta al hombro me fui por los chaparros a ver sí caía algo. Y cuando volví, a eso de las dos, con idea de comer y sin pieza en el zurrón, ¡coño!, debajo de una carrasca vi un bulto amarillo. Es una carrasca viejísima, en la que hay colgás qué sé yo cuántas culebras muertas. Me acerqué pasico, sin quitar los ojos del bulto, hasta que columbré que era un cajón.

—¿Un cajón? (Plinio).

—Sí, señor. Un cajón muy señorito, estrechete y con la tapa atornillada... Y hay que ver las cosas que se le ocurren a uno: «A que nos han dejao ahí un cajón de culebras», pensé. Fíjese usted. Me arrimé hasta tres o cuatro pasos de la mercancía. Eché un vistazo al derredor, y como nadie se veía, ni se oía otra cosa que el cacareo de unas gallinas de Guinea que cría mi ama y suena igualico que una sierra, seguí despacio, pisando la chasca, hasta tentar el cajón paji-zo.

Dativo le había dado de pronto tal ritmo suspensivo a su cuento, que Plinio y don Lotario, olvidados de toda acti-

tud crítica, fumaban muy serios, con los ojos entornados, esperando el desenlace.

—Lo contemplé un ratillo. Lo olí. Probé a menearlo con una mano y no pude. Eché otro ojeo, y al no ver a nadie ni nadica... No crean ustés que no lo pensé. Pero como siempre que se piensa mucho, pensé mal. Porque si pienso poco, no lo abro y allí se habría estao hasta que llegara el personal. Pero ya digo, dejé la escopeta en el suelo, busqué un destornillador y, sin encomendarme a nadie, abrí la tapa.

Al llegar a esta cumbre del clímax, Dativo se dejó el cigarro en la boca, apoyó los codos sobre el mármol y dijo, mirándolos con ojos de gran solemnidad:

—¡San Antón y su gorrino! ¡Qué estropicio!... En mi vida había visto, y ni siquiera fantaseo, un muerto, mejor dicho, una muerta, en semejante postura.

Plinio y don Lotario se miraron. Y este último, impacientísimo y con los labios secos, saltó:

—¿En cuál postura?

—¿Que en cuál postura? ¿A que no lo acierta usted, y eso que es veterinario?

—¿En cuál postura? (Plinio).

—Con el culo en pompa y destapao. ¡Toma, puñeta!

Y antes que los justicias reaccionasen:

—Con el culo en pompa, destapao, y una calcamonia en cada mollete.

—¿Una calcomanía?

—Sí, señor, una calcomanía o calcomanía, como usted dice, en cada mollete que representa unos labios muy coloraos. Propiamente como si la hubieran besao en cada parcela.

—La mujer, ¿es vieja o joven? —preguntó Plinio, tocándose el mentón.

—Por la arrugación del culo, que es lo único que deja ver, vieja. Muy vieja.

—¿Y completamente desnuda?

—No, vestía con una batilla de verano, pero desarropá por el nalguero.

—¿Y cómo está colocada en el baúl?

—¿Que cómo?... Así.

Y levantado, Dativo se inclinó poniéndose las manos junto a los pies, bien acunada la cabeza entre los brazos y, claro, con las rodillas así, un poco doblás...

A pesar de la flexión tan ridícula de Dativo, que provocó las miradas de los pocos que había en el casino, Plinio y don Lotario permanecían sin el menor esguince risueño.

Al incorporarse esperó un momento a que le bajase la congestión por tan forzado doblaje y dijo:

—Debieron penar mucho para encajar a la pobre en el cajón, porque está que no hay quien la estremezca, de puro cuña.

—¿Y no se ve sangre o golpe? (Plinio).

—No, señor. El cajón está flamante y limpio.

—¿Y qué hiciste después?

—Qué quiere usted que hiciera... vamos. Cuando se me pasó un poco el susto, atornillé el cofrecillo, tomé un bocao, esperé hasta las tres y, en vista de que no acudía nadie, cogí la moto y me dije: «Yo no anochezco aquí con esa muerta puesta de culo. Me voy al pueblo y se lo cuento todo al hermano Manuel, que él sabe de esto lo suyo». Y aquí estoy.

—¿Y dices que es en «La Garza»?

—Un poco más arriba, en el quinto que llaman «Pedroñero».

—Bien... Pues no hay más remedio que avisar al juzgado —dijo el jefe yendo hacia el teléfono.

Mientras esperaban, don Lotario siguió la indagatoria:

—¿Qué edad, pizca más o menos, puede tener esa mujer, Dativo?

—Hombre... ya lo he dicho. Así, por el culo, no sé sacar la cuenta. Pero no me extrañaría que pasara de los setenta.

La pobre está muy abollá de nalgas y muy encanecida por la rendija.

Al oír lo de la rendija, a don Lotario se le fue el humo por el otro lado, y armó una toasca que para qué.

Plinio, entreabriendo la cabina del teléfono, llamó con la mano a Dativo.

—Oye, al «Pedroñero» se va por la carretera de la Ossa, hasta la «Pista de Honorio», ¿no es así?

—Equilicuatre.

El guardia estuvo otro ratillo hablando por teléfono y salió ajustándose el cinturón de cuero y la pistola.

—Bueno, pues vamos delante, que ellos van a recoger a don Casimiro. ¿Qué le pasa a usted, don Lotario?

—Quita, hombre, que este Dativo tiene unas expresiones —dijo, todavía lagrimoso.

Dativo echó primero con su motocicleta y los justicias lo siguieron en el «seílla».

No era fácil circular por la calle. Los remolques novísimos tirados por tractores, los seminuevos tirados por mulas, y los camiones, todos cargados de uvas, se entrecruzaban por la calle de doña Crisanta, antes Cruz Verde. Calle típica de los Torres-Arrecíos y cantoneros. Calle de la mayor tradición santoral y campesina de Tomelloso.

Se fijaban en cómo había caído total el uso de las serillas de esparto o de goma, para el transporte de las uvas. Las carrocerías de camiones y los remolques iban aferrados con lonas. Y las uvas, brillantes de mosto, muelleaban con los botes del carruaje.

Aunque en tiempo semejante, y máxime en un pueblo así, las uvas estén muy vistas, los transeúntes echaban muchos ojos a los carguíos de fruto. Unos por compararlos con el suyo, y otros por el mero deleite de mirar casi el único remedio del pueblo. Se veían chicos labiando racimos, con las barbillas goteronas de mosto. El aire, un poco empolva-

do por tanto tráfico, olía a caldo maduro. Sobre un remolque, vendimiadoras con la cabeza empañuelada, cantaban al son de sus palmas y se reían por los textajos de sus propias coplas.

En la carretera era el tráfico menor, pero continuo. Se veían los cargueros con el sol de costillas, arrastrando sus sombras larguirutas. En algunas viñas pegadas a la cuneta, hombres y mujeres agachados hurgaban entre las cepas. Y de cuando en cuando las moñas de pámpanos que indicaban los hilos de cepa ya desfrutados.

Todo el campo bullía de gentes y trebejos, tintado por los rojos de las uvas cencibeles, de las cordales y garna-chas, o por los oros de las airenes y albillas. En muchos rodales del paisaje dominaban los pámpanos amalvados, caneleros o con ese color de breva que revisten las vides en otoño.

Aquella hora en que el sol declinaba sin remedio, el campo era un museo de polviscas y bermejós, con gentes inclinadas sobre el aroma acre de la tierra tan pisada y removida. Es el tiempo en que a aquella naturaleza le cortan las venas, le arrancan sus parires de un año y le llega el último espasmo de la menopausia viñera.

Acabada la recolección, todas las cepas quedarán marras, los pámpanos abatidos y sin teta. Y tanto empuje y cachondeo frutal los encogerán los pronto rigores, dejando secos los sarmientos, dura la tierra, los caminos sin pasos ni cantares, y lejano el mosto en su hervor purgativo... Hecha casca reseca la vestidura de las uvas que se alumbró tan lentamente.

Plinio y don Lotario, con el sol de costado, procuraban no perder de vista al casero Dativo, que con su motilla adelantaba a todos, deseoso de reencontrar la vieja embaulada en su extraño decúbito.

A don Lotario le importaba mucho no se le escamotease el guía, porque no estaba muy cierto de dónde salía aquel caminillo que con humor llamaban «la Pista de Hono-